

«**H**AY golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!». No

MEMORIA DE EMILIO ALARCOS

cuestiones léxicas o gramaticales, tenían el reconocimiento de su autoridad. Queda

cito por caso ese verso de César Vallejo que tanto gustaba a Emilio Alarcos; porque la noticia de su repentino fallecimiento ha caído sobre nosotros de ese modo, como el mazazo de que hablaba el Cholo. En medio de la confusión que produce, no puedo decir que me falten palabras. Se agolpan y me sobran las de tantas quejas y plantos desde la protesta del viejo Arcipreste: «¡Ay muerte! ¡Muerta seas, muerta e malandante!» a aquella de Dámaso Alonso, que, hace sólo cuatro días y evocando a un amigo perdido, recordaba con él: «Fuera llantos. Lo que quiero es patear». Si al menos la muerte le hubiera llegado caballerosa como al Comendador Manrique, dialogando, y no traicionera. Claro que me vienen también a la mente otros versos, los del propio don Jorge Manrique por ejemplo, para entreverar el llanto con el consuelo de la esperanza y de la dulce memoria.

tanto sintonizaba en su propia actitud vital, y sobre Ángel González, sin olvidar, al tiempo, a sus clásicos bienamados, a los que nunca dejaba de mano: el rabí don Semtob o Fray Luis.

su sello en muchas cosas: anónimo, como es tradición académica, en tantos vocablos; expreso, en logros tan concretos como el compendio gramatical que redactó para el Diccionario Escolar. Terminadas las agotadoras sesiones, se iba a coger el tren de la noche. En la estación le esperaba siempre el fiel Dionisio Gamallo Fierros para divertirle con mil ingeniosidades y —quede para la pequeña, entrañable historia— presentar armas, con su paraguas o su bastón, cuando el tren partía.

Todo eso es lo que perdemos, y más que me resta por detallar. Pero, llegado a este punto, me advierten los versos de Manrique:

*«sus grandes hechos y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hazer caros,
pues el mundo todo sabe
cuáles fueron»*

Sobran, sí, las palabras y es hora tan sólo de dejar constancia urgente de cuanto con su muerte perdemos. Pierde la Filología Española a una figura señera. Formado en la tradición de la vieja Escuela de Filología Hispánica —la de Menéndez Pidal y Dámaso Alonso, la de su padre, Emilio Alarcos García, a quien tanto se parecía y al que admiraba tanto—, la renovó injertándole nuevas tendencias europeas. No sólo dio a conocer Alarcos tempranamente el estructuralismo sino que lo aclimató en las letras hispánicas en la doble vertiente de la lingüística y de la crítica literaria, que él maridó con singular maestría. Sus estudios lingüísticos, tan rigurosos, no discurren nunca por el camino árido de la teorización: en ellos latía siempre una vibración de lo humanístico. E, inversamente, sus lecturas y análisis literarios llevan siempre el contrapunto de la observación lingüística.

Pierde la Universidad española a uno de sus verdaderos maestros, es decir, a uno de los pocos que hacen escuela. A ella me honro en pertenecer. Andaba yo buscando tema de tesis doctoral mientras él daba vueltas a la poesía de Ramón Pérez de Ayala. No tuvo inconveniente en cederme ideas y papeles para que la estudiase yo, y el magisterio se ejercía a cualquier hora bajo el «orbayo» de Oviedo, en el Café Alvabusto o al amor de Casa Conrado. Sin envaramientos, con generosidad, en el mejor estilo socrático. No quiso nunca Alarcos salir de Oviedo, y se identificó tanto con aquella ciudad, que llegó a formar parte del paisaje de Vetusta. Ciertamente que la ciudad y el Principado supieron corresponderle, haciéndolo hijo adoptivo, primero, y después, predilecto. Allí trabajó hasta el último momento al modo goetheano, sin prisa y sin pausa en torno a su obra.

Algunos perdemos, además, a un amigo. Le nacieron en Salamanca cuando su padre era allí catedrático, amigo de Unamuno, y a Salamanca volvía una y otra vez, buscando acaso entre la niebla a su madre, a la que había perdido siendo muy niño y de la que se sintió siempre huérfano. Acaso eso explique algún rasgo de su retraída personalidad. Una extraordinaria inteligencia le hacía ser comprensivo, sobre todo con los débiles y con la humana debilidad, pero, a la par, en difícil tensión, le llevaba a despreciar lo que descubría como ficticio o simplemente falso. Al igual que su padre, defendía con un exterior adusto un espacio interior riquísimo. Cuando uno lograba superar los controles con que, pudoroso, lo defendía, encontraba allí el deleitoso repaire de la verdadera amistad.

Hace falta remontarse a los años cincuenta para valorar en su justa medida lo que en el panorama universitario supuso importar a Hjemstev y desarrollar, a la vez, un nuevo método crítico que retornaba a las aulas a autores entonces proscritos —pienso en Clarín— o autores jóvenes que en medio del silencio general —hablo de Blas de Otero— pedían la paz y la palabra. Hace pocos meses se reimprimía, precisamente, aquel estudio sobre Blas que fue lección inaugural del curso universitario de Oviedo de 1955 y que le valió a Alarcos contestaciones y amenazas. Vendrían después los estudios sobre Baroja, con quien

Fue pionero al utilizar en el estudio de la fonética las nuevas tecnologías y los bables, que tantos quebraderos de cabeza iban a comportarle, le deben impulsos de estudios básicos. Fue, sin embargo, en el campo de la gramática donde su obra alcanzó más difusión. Fundador de la escuela funcionalista española, deja inconclusa su Gramática, que ha ido adelantando en entregas sustanciales. Pero nos ha legado, en cambio, esa otra «Gramática de la lengua española» que él calificaba de «demótica», hecha para enseñar a hablar y escribir como Cervantes manda, esto es, con discreción y buen sentido. Liberal —y un tanto «anarco» de pensamiento y juicio— en su vida, Alarcos era todo lo contrario a un dómine reglamentista. Creía firmemente —y no sólo en teoría— que la lengua la hace el pueblo y al pueblo pertenece. No se trataba sólo de una cuestión de talento personal: era su detallado conocimiento de la historia del español el que le llevaba a relativizar las normas. El pueblo, para el que está pensada, ha confirmado el acierto de esa «Gramática», que en tres años ha vendido más de setenta mil ejemplares: todo un récord en los tiempos que corren.

Corría por sus venas sangre asturiana, catalana, castellana y vasca. Nada extraño, pues, que se sintiera tan integradoramente español, tan universal y tan arraigado en la variedad de las tierras.

«Hay golpes —sí— en la vida tan fuertes...» Pero, en definitiva, nos reconforta Manrique:

*«y aunque la vida murió,
nos dexó harto consuelo
su memoria»*

Víctor GARCÍA DE LA CONCHA
de la Real Academia Española